

la de las muy pequeñas. Lo cual testifica Sant Augustin hablando con Dios, por estas palabras (e): Tu poderosa mano, Señor, siendo siempre la misma que es, en el cielo crió los ángeles, y en la tierra los gusanillos; no siendo mayor en aquellos, ni menor en estos. Porque como ninguna otra mano pudo criar el ángel, así ninguna otra el gusanillo; y como ninguna otra pudo criar el cielo, así ninguna otra la hoja de un árbol. Mas á tu poderosa mano igualmente son todas las cosas posibles; porque no es mas fácil para tí criar un gusano, que un ángel; ni extender el cielo, que la hoja de un árbol; ni fundar la tierra sobre el agua, que el agua sobre la tierra; mas todas las cosas que quisiste, heciste en el cielo, en la tierra, en la mar y en todos los abismos (f). Hasta aquí Sant Augustin. Pues estas obras tan excelentes de nuestro Dios, mas nos declaran la grandeza de su poder y saber que de su bondad; ni causan en nosotros la admiración y espanto que las susodichas. Porque como es natural cosa á la piedra correr á lo bajo, y al fuego subir á lo alto; así (y mucho mas) es natural cosa á la divina bondad hacer bien, y ser comunicativa de sus riquezas á todo lo que crió. Y como es cosa natural al sol estar siempre echando de sí rayos de luz, así lo es á aquella summa bondad estar siempre infundiendo los rayos de sus beneficios y favores en todas sus criaturas. Así que estas obras de la magnificencia y largueza divina no espantan mas, que ver al sol alumbrar, ó al fuego quemar. Mayormente que estas obras no costaron mas al Hacedor, de lo que costaría á un hombre, que estuviese par de un caudaloso rio, dar un jarro de agua á quien se lo pidiese. Pues aun ménos que esto costó al Criador toda la fábrica deste mundo, y todos los dones que repartió por sus criaturas. Y si algun hombre pudiese hacer grandes bienes á una república sin poner nada de su casa, y no los hiciese, tendríamosle por envidioso y inhumano. Y si los hiciese sin perder por eso nada, no le tendríamos por muy liberal, pues dió lo que nada le costó. Verdad es que esto no cabe en aquella altísima substancia, que á nadie está obligada. Mas esta obra de su bondad no nos pone el espanto que las otras obras de su omnipotencia y sabiduría que están dichas, ni nos descubre tanto de su bondad como las otras de su gran saber y poder.

De lo cual no es pequeño indicio, que muchos filósofos que gastaron la vida en rastrear el conocimiento de Dios por medio de sus obras, conocieron por ellas tan poco de la grandeza desta bondad, que le negaron la providencia de las cosas humanas, y con ella la misericordia y la justicia, que son obras de esa bondad (g). Y quitándole estas tres virtudes, hacían que ni tuviese cuidado de nuestras miserias, ni cuenta con los buenos para galardonarlos, ni con los malos para castigarlos. ¿Pues qué bondad fuera aquella á la cual faltaban estas virtudes?

Entendia muy bien esto el sancto rey David, y por eso hacia oracion á Dios, diciendo (h): Mostradnos, Señor, vuestra misericordia, y enviadnos vuestra salud. Como si dijera: habeisnos, Señor, mostrado en las admirables obras de la creacion del mundo un tan gran poder y saber vuestro, que cuando nos ponemos á tantearlo, quedamos atónitos y espantados de vuestra grandeza; pues

(e) In Solil. animæ ad Deum, cap. 9. Append. tom. 9.  
(f) Psalm. 134. (g) Taxantur apud Augustin. in lib. 85 questionum. q. 82. tom. 4. et Enarrat. in Psalm. 62. tom. 8. (h) Psalm. 84.

descubridnos agora una tan grande muestra de vuestra bondad y misericordia, que no ménos quedemos atónitos con la vista della que con las otras.

Pues siendo esta peticion tan justa, y siendo razon que el Criador diese tal muestra de su bondad y misericordia, cual habia dado de las otras perfecciones suyas, ¿qué obra podia haber mas proporcionada para este fin que la de nuestra redempcion? Porque pudiendo él remediar al hombre caido por otras muchas maneras sin que le costara nada, escogió esta de su sacratísima Encarnacion y Pasion, que á él era tan costosa, por razon de los inestimables fructos que de aquí se seguian para la santificación y remedio de nuestras ánimas. Y esto es lo que el Apóstol nos declaró cuando dijo (i): Apareció en el mundo la benignidad y blandura de Dios nuestro Salvador; no por las obras de justicia que hecimos nosotros, sino por su gran misericordia, por la cual nos quiso hacer salvos. Las cuales palabras pondera Sant Bernardo, diciendo (k) que la omnipotencia de Dios se habia descubierto en la creacion de las cosas, y la sabiduría en la gobernacion dellas; mas la gloria de la bondad y benignidad se descubrió en esta obra de la redempcion. Pues esta es la que espanta y suspende los ánimos en mayor admiracion que las otras obras de su poder, si consideramos hasta dónde llegó esta bondad por nuestro remedio. Porque aquel gran Dios que crió todas las cosas, el Señor de los ángeles, el que formó el sol, y la luna, y las estrellas, el que mueve los cielos, el que ordena los tiempos, y reparte las aguas, y mantiene todas las criaturas; aquel á quien adoran los espíritus soberanos, y de cuya mano está colgada la redondez de la tierra (l): este Dios inmenso, infinito, incomprehensible é inefable, de quien tantas grandezas y maravillas están escritas, quiso ser preso, escarnecido, escupido, azotado, abofeteado, coronado de espinas y tenido en ménos que Barrabas. Y él mismo quiso ser sentenciado por el inicuo juez á muerte, y muerte de cruz, y llevar él sobre sus hombros cansados el peso de la Cruz, que se los desollaba, y que le diesen por refrigerio á beber (¡crueldad nunca vista!) vino mezclado con hiel; y despues despojado de sus vestiduras, enclavado y levantado en una Cruz á vista de todo el mundo, y de los ojos de su madre Sanctísima, que oyó los golpes de los martillos, y vió los arroyos de aquella divina sangre que junto á sus piés corrian; y en esa Cruz mofado y escarnecido de los fariseos y sacerdotes que le procuraron la muerte; y haber tomado para todo esto otra naturaleza en que pudiese padecer, quien en la suya no podia. Por lo cual dijo el Profeta (m) que la obra que este Señor habia de hacer, era peregrina y ajena de su naturaleza, aunque no de su bondad y misericordia.

#### §. IV.

Admiracion y espanto que causan las obras desta inefable bondad.

Pues ¿qué diré de la humildad de su nacimiento? Edificó Salomon un templo á Dios, el mas rico y mas hermoso y sumptuoso de cuantos se han hecho en el mundo y harán jamas. Y acabándolo de edificar, maravillado de que Dios aceptase aquel lugar para su morada, comenzó á decir (n): ¿Es cosa creible que quiera Dios morar acá en la tierra? Si el cielo y los cielos de los

(i) Tit. 5. (k) In Natal. Dom. serm. 1. (l) Esai. 40. (m) Esai. 28. (n) 2. Par. 6.

cielos son pequeños, Señor, para tu morada, ¿cuánto mas pequeña será esta casa que yo te he edificado? Pues si desto se maravillaba tanto aquel Rey tan sabio; con cuánta mayor admiracion y espanto podremos nosotros decir: Es posible que ese gran Dios que hinche cielos y tierra, haya querido nacer en un establo! ¿Es posible que no tenga otra cama mas rica que un pesebre! Y si esto es poco, ¿es posible que Dios haya querido nacer en este mundo entre dos animales, y despues morir crucificado entre dos ladrones!

¿Pues hay cosa que se pueda pensar de mayor espanto y admiracion? ¿Dios nascido en un establo! Dios acostado en un pesebre! Dios mamando á los pechos de una mujer! Y si esto es poco, ¿Dios abofeteado! Dios azotado! El espejo de hermosura, en quien desean mirar los ángeles, escupido y afeado! Finalmente Dios entre dos ladrones, como príncipe dellos, crucificado! ¿Quién aquí no se espanta? ¿quién no tiembla? ¿quién no queda atónito y como fuera de sí con el espanto de tan grande bondad y misericordia? El sol en este tiempo escondió los rayos de su luz (o), el aire se escureció, la tierra tembló, las piedras se partieron, los sepulcros se abrieron, el velo del templo se rasgó (p), y los que presentes se hallaron herian sus pechos confesando su pecado. Pues si todas las cosas hacen tan grande sentimiento en este tiempo, y hasta los mismos cuerpos insensibles se maravillan de cosa tan extraña, ¿cuánto mas debe maravillarse el hombre por cuyo remedio aquella soberana Majestad se abatió á cosas tan humildes, y tan extrañas de su naturaleza? ¿Qué cosa ha habido en el mundo admirable, si esta no lo es? Ya no me maravillo (dice un doctor) de la hermosura del cielo, adornado con tantas lumbreras; ya no hago caso de la fertilidad y riquezas de la tierra; ya no pongo los ojos en la inmensidad y fecundidad de la mar, ni en la virtud y fuerza de los vientos que la levantan; ya no miro el resplandor del sol, ni la variedad constantísima de la luna, ni la hermosura de las estrellas, ni la orden y concierto de todas las obras de naturaleza, las cuales declaran el poder y sabiduría del que las crió. Porque así como las estrellas pierden su claridad en presencia del sol, así estas obras divinas, con ser muy esclarecidas, cuando se comparan con esta, pierden su resplandor.

Pues esta es la obra que no ménos deja atónitos los corazones de los que profundamente la consideran, que las obras de la omnipotencia y sabiduría divina. Esta es la que de tal manera arrebatava y suspendia los corazones de los sanctos, que muchas veces quedaban alienados y privados de los sentidos; por estar sus ánimas absortas y sumidas en el abismo desta tan grande bon-

(o) Matth. 27. (p) Luc. 23.

## TRATADO CUARTO DESTE SUMMARIO.

EN EL CUAL, POR TESTIMONIO DE LOS PROFETAS, SE DECLARA QUE CRISTO NUESTRO SALVADOR ES EL VERDADERO MESIAS, PROMETIDO POR LA LEY.

### CAPITULO PRIMERO.

De cómo nuestro Señor determinó enviar su unigénito Hijo al mundo para nuestro remedio, y de las señales que nos dió para conocerle cuando viniere.

Es tan grande la bondad y misericordia de nuestro Señor, que acabando el primer hombre de traspasar su

dad. Esta es la que esforzaba los mártires en medio de sus tormentos, acordándose de lo que su Criador y Señor padesció por ellos. Esta es la que hacia á aquellos sanctos monjes que moraban en los desiertos, sufrir los frios, y ardor del sol, y la hambre, y desnudez, y el destierro de toda humana consolacion, y la cruz de la mortificación de su carne, considerando la aspereza con que este Señor trató la suya inocentísima. Esta la que da materia de consideracion, y devocion, y compuncion, y admiracion á las ánimas humildes y devotas. Esta la que puso tan grande admiracion á aquellos espíritus soberanos, que viendo á este Señor nascido y reclinado en un pesebre, espantados de tan grande bondad y misericordia, cantaron aquel dulce himno: *Gloria in excelsis Deo* (q), alabando y glorificando á Dios por ella. Esta es por la cual entre los nombres que Esaiás cuenta deste Señor, uno es, Admirable (r); para mostrar cuán maravilloso se haya mostrado el Salvador en esta obra, no solo á los hombres, sino tambien á los ángeles, y á todos los elementos y criaturas insensibles. Esta es la obra que enciende la caridad de los tibios, y confirma la esperanza de los flacos, y alivia los trabajos de los tristes, y confunde la altivez de los soberbios, y reprehede la cobdicia de los avarientos, y condena los deleites de los regalados; y esta finalmente es el cuchillo y condenacion de todos los vicios.

Pues respondiendo á la pregunta que propusimos, si estos fructos y efectos tan admirables se siguieron de la sagrada Pasion, ¿qué cosa se puede creer mas digna de aquella infinita bondad, que haber hecho una cosa de que tanta bondad se siguió en el mundo, y que tan grandes estímulos y ayudas nos da para hacernos buenos y sanctos? Cuando queremos aprobar una medicina, no miramos si es dulce ó amarga, sino los efectos que obra; y pues la Pasion de Cristo fué medicina de la comun dolencia del género humano, por este efecto que obró y obra en nuestras ánimas, habemos de estimar la excelencia della. Y así no tendríamos por cosa indigna de aquella soberana Majestad padecer lo que padesció, si miramos el fructo que de aquí se siguió.

Y volviendo al propósito principal de todo este tercer tratado, digo que en él queda suficientísimamente declarado lo que al principio propusimos; esto es, que entre todos los medios que la divina sabiduría podia escoger para remediar al hombre caido, este era el mas excelente y mas conveniente para gloria suya, y para el remedio de nuestra miseria; pues por aquí quedó él mas glorificado, y el hombre mas copiosamente redemido, si él se quisiere aprovechar del remedio que le está ya ganado.

(q) Luc. 2. (r) Esai. 9.

(a) Genes. 3

se gloriaba de haber pervertido al hombre por medio de la mujer; porque él criaría otra nueva mujer, de la cual nascería un hijo que le quebraría la cabeza, y le despojaría del señorío que había adquirido sobre el hombre.

Y porque las obras de Dios son ordenadas con summa sabiduría y consejo, quiso él que por el camino que había procedido la perdición del hombre, procediese el remedio dél: esto es, que así como por medio de un hombre entró el pecado en el mundo (b), así por medio de otro entrase la justicia y el remedio dél; y así como la desobediencia y soberbia de aquel primer hombre fué principio de todos nuestros males, así la humildad y obediencia de otro hombre lo fuese de todos nuestros bienes; y así como por aquel somos todos concebidos, y nascemos en pecado, así por este volviésemos á renacer por agua de Espíritu Sancto libres de todo pecado; y como por aquel nacemos hijos de ira, y en desgracia de Dios, así por este fuésemos reconciliados con Dios, y restituidos en su amistad y gracia. Y finalmente, como por aquel fuimos desterrados del paraíso, así por este en lugar del paraíso de la tierra se nos diese la posesion del paraíso del cielo; y como por aquel quedamos todos tales, cual él quedó, como hijos de tal padre, así por este viniésemos á ser tales, cual él es, como hijos reengendrados por él. Conforme á lo cual, dice Sant Pablo (c), el primer hombre fué de la tierra, terreno; mas el segundo fué del cielo, celestial: cual fué el terreno, tales son los terrenos (que son los que no tienen mas que lo que dél heredaron); y cual fué el celestial, tales son los celestiales, que son los que han participado el espíritu y gracia dél. Este pues fué el medio que la divina sabiduría escogió para nuestro remedio: queriendo que así como un hombre fué causa de nuestra perdición, así otro lo fuese de nuestra reparacion, como arriba queda declarado.

Mas aquí es de notar que así como la union del parentesco que tenemos con el primer hombre, es el medio por donde se deriva en todos sus hijos su miseria; así es necesario que haya entre los espirituales hijos deste segundo hombre otra espiritual union, para que por medio della se nos comuniquen el espíritu y gracia dél. Esta union se hace por fe y amor, mediante la cual somos incorporados con este Señor, como miembros vivos con su cabeza; porque así como este segundo padre no es carnal, sino espiritual; así la union y deudo que con él habemos de tener, no es carnal, sino espiritual, que es la susodicha.

De aquí se infiere que el principio y fundamento de nuestra salvacion es el conocimiento deste Señor que Dios quiso que fuese el autor y reparador de nuestra salud; porque deste conocimiento ha de proceder el amor. Y este conocimiento ha de proceder el amor. Y este conocimiento ha de proceder el amor. Y este conocimiento ha de proceder el amor.

Siendo esto así, convenia que la divina sabiduría (cuyas obras son perfectísimas) nos diese clarísimas y evidéntísimas señales para conocer este reparador cuando viniese al mundo; porque no errásemos en cosa de tanta importancia. Y convenia tambien que no permitiese concurrir estas señales en otro algun hombre; porque si esto fuese, ya los hombres no pecarian en recibirlo; pues en él concurrían las tales señales, y Dios sería la causa de su engaño, lo cual es imposible.

(b) Rom. 5. (c) 1. Cor. 15.

Mas aquí es de saber que las señales que para esto nos dió son en dos maneras. Ca unas son particulares, que tratan de las cualidades y condiciones de la persona del Salvador: conviene saber, de su linaje, de su concepcion, de su nacimiento, de su sanctidad, de su doctrina, de la manera de su vida, de su muerte, de su resurreccion y subida al cielo. Otras señales hay mas claras y mas notorias: que son las hazañas que este Señor había de obrar en el mundo cuando viniese, y del tiempo en que había de venir. Las cuales señales y profecías son tan públicas y notorias, que nadie las puede negar. Digo pues que de las primeras señales (que son las personales) y de las profecías dellas tratamos en la cuarta parte de nuestra Introduccion del Símbolo (adonde remitimos al cristiano lector que las quisiere saber); mas en este breve Summario solamente trataremos de las segundas; las cuales convenia que fuesen clarísimas y evidéntísimas, para que este Señor ni pudiese dejar de ser conocido, ni tuviese color ó excusa quien no le conociese. Porque quanto este conocimiento era de mayor importancia, tanto las señales nos habian de dar dél mas clara noticia; pues á la divina Providencia pertenesce proveer con mayor recaudo á las cosas que son de mayor momento. Pongamos un ejemplo desto. Quiso el Criador que se conservasen las especies de las plantas y animales que él crió. Para lo cual proveyó que de las mismas cosas procediese tanta abundancia de semillas, que fuese imposible desfallecer las tales especies. De una pepita de un melon, ó de un naranjo, ¿cuántas otras pepitas nacen? De un sáballo, ó de cualquier otro pescado, ¿cuántos otros pescados nascen? Pues si tanto cuidado puso la divina Providencia en que no faltasen las especies de las cosas que sirven para mantenimiento del cuerpo, ¿cuánto mayor lo pondría en las que sirven para la salvacion de las ánimas? Entre las cuales el principio y fundamento de todas es el conocimiento susodicho deste Salvador. Pues para esto puso él señales tan claras y manifiestas, que los que bien las consideran, no acaban de espantarse de cómo sea posible haber en el mundo gente tan ciega, que no vea cosas tan claras y manifiestas. Oso decir esto sobre buenas prendas; porque en este breve Compendio verá el cristiano lector, no una sola, sino diez señales para conocer la venida y persona del Salvador, tan ciertas, tan notorias y tan eficaces para esto, que no solo todas ellas juntas, mas cada una por sí sola es bastantísima demonstracion para ello. Y á la prueba me remito.

### §. I.

Primera señal para conocer la venida de Cristo, que es la destruccion de la idolatría.

Pues entre estas señales y obras que este Señor había de hacer en el mundo cuando viniese, la mas admirable y mas divina era, que por medio de su doctrina había de ser desterrada la mayor pestilencia y abominacion del mundo, que era el culto de los ídolos; el cual (sacado aquel rinconcillo de Judea) reinaba en todo lo que alumbraba y calienta el sol; y esto de tiempo inmemorial. Esto profetizó Zacarías, capítulo xiii, donde dice Dios que destruiría los nombres de los ídolos de la tierra, y que no habría mas memoria dellos. Lo cual vemos tan perfectamente cumplido, que no solo están desterrados estos ídolos, mas tambien la memoria dellos. Porque á no haber agora libros de gentiles que de-

ellos tratan, no supiéramos qué cosa era Minerva, ni Juno, ni Diana, ni Apolo, ni Esculapio, ni otros semejantes monstruos. Lo mismo está profetizado por Sofonías en el capítulo ii, y por Nahum en el primero, y por Esaías en el xxx, y por el Sancto Tobías en el postrer capítulo de su historia. Esta hazaña (como arriba dijimos) era tan dificultosa de acabar, que ninguna potencia criada bastaba para ello; porque ¿quién había de ser mas poderoso que todo el mundo, sino solo el Señor del mundo, pues ella reinaba en todo el mundo? Cuán grande beneficio haya sido este, entiéndese considerando que el pecado de la idolatría es un mal tan grande y tan universal, que todos los otros pecados y males nacen dél, como se escribe en el capítulo xiv de la sabiduría.

Pues este tan grande beneficio, esta tan memorable hazaña, esta tan gloriosa empresa ¿para quién estaba guardada, sino para el verdadero Mesías y Salvador del mundo? Porque si, como Dios lo había prometido con solemne juramento al patriarca Abraham (d), dél había de nacer un hijo por quien todas las gentes habían de ser benditas, ¿qué bendicion, ó qué salud podía dar este hijo al mundo, estando lleno de tantas abominaciones y maldiciones, cuantos ídolos adoraba? Mas ¿qué es menester probar esto por razones; pues nos consta por todas las Escrituras sagradas y profanas, que de la ciudad de Hierusalén salieron los discípulos de Cristo, los cuales tomaron á cargo esta empresa tan ardua de derribar los ídolos de los gentiles, y predicar á Cristo crucificado por verdadero Dios? Y acometieron este negocio con tanto esfuerzo y valor, que todos ellos murieron en la demanda, unos degollados, otros crucificados, otros alanceados, otros despeñados. Solo Sant Juan no murió á hierro, aunque fué desterrado. Solo esta hazaña basta para creer que el Salvador es ya venido. Porque argüimos así brevemente. Entre las grandes hazañas que había de obrar el Mesías cuando viniese, una de las mas principales era desterrar la idolatría del mundo; esta vemos hecha por la doctrina de Cristo, y por la predicacion de sus discípulos y ministros: luego se sigue necesariamente que es ya venido el que esta hazaña había de acabar, que es el Mesías. Aquí no procedemos con muchos rodeos, ni multiplicacion de palabras, sino con solos dos renglones concluimos tan de plano esta verdad, que no hay cosa que á ella se pueda responder.

### §. II.

Segunda señal: de la conversion de las gentes al verdadero Dios.

Otra profecía dice que en este tiempo los gentiles en lugar de sus falsos dioses habían de recibir y adorar al Dios de los judíos, como á solo y verdadero Dios. Así lo profetizó David cuando dijo (e) que los príncipes de los pueblos se habían de juntar con el Dios de Abraham. Y por Esaías dice el mismo Señor (f): Buscáronme los que ántes no preguntaban por mí; y halláronme los que no me buscaban. Y yo dije: Veisme aquí, veisme aquí, á la gente que no invocaba mi nombre. Y por Oséas dice el mismo Señor (g): Diré al pueblo que no era mio: Tú eres mi pueblo. Y él dirá: Tú eres mi Dios. Destas profecías que tratan de la vocacion y conversion de las gentes al culto y conocimiento del Dios de Abraham, está lleno el profeta Esaías, como persona escogida por Dios para profetizar esta vocacion.

Y que esta tan grande obra había de ser hecha por

(d) Genes 12. (e) Psalm. 46. (f) Esaí. 65. (g) Osee 2.

medio del Salvador, declarólo el Padre eterno en el mismo Profeta, hablando con su Mesías, por estas palabras (h): Poco es que seas mi siervo para traer á mi servicio los tribus de Jacob, y convertir las heces de Israel: yo te he dado para que seas luz de las gentes, y salud mia hasta los fines de la tierra. Esto vemos ya cumplido; pues todas las naciones del mundo, no solo de cristianos y judíos, mas tambien de turcos y moros, adoran y confiesan al Dios de Abraham como á verdadero Dios: puesto caso que yerran, pues no le conocen por trino y uno como él es. Por lo cual entenderemos que dende que Dios crió al mundo hasta el dia presente no se ha visto hombre que tan grande obra acabase, y tan grande beneficio hiciese al mundo, como nuestro Jesus. Porque sacar al mundo de tan grande mal, y tan universal como era la idolatría, y hacerle tan grande bien como es el conocimiento del verdadero Dios, claro está que ha sido el mayor beneficio de cuantos hasta hoy se han hecho al mundo. Pues ¿para quién estaba reservada esta tan grande obra, sino para el verdadero Mesías? Y pues nos consta haber sido ella hecha por su doctrina y ministerio de los suyos, ¿quién puede dubdar ser él ya venido?

### §. III.

Tercera señal: de la subjeccion del imperio romano.

Otra singular obra estaba reservada para este Señor: que era subjectar á su religion y obediencia el imperio romano, que señoreaba el mundo. Lo cual nos representa aquella estatua misteriosa que vió Nabucodonosor (i), la cual tenia la cabeza de oro, y los pechos y brazos de plata, y el vientre y los muslos de acero, y las piernas y piés de hierro. Y despues desto dice que vió una piedra cortada de un monte, sin manos; la cual dió en los piés de la estatua, y la hizo pedazos; y esta piedra creció tanto que hinchó el mundo. En las partes desta estatua, segun la exposicion de todos los doctores católicos y hebreos, están representados cinco reinos, ó monarquías: conviene saber, la primera de los caldeos, que reinaron en Babilonia, figurada en la cabeza de oro. La segunda de los persas y medos, que subjectaron á los caldeos, figurada en los pechos y brazos de plata. La tercera de los griegos, que subjectaron á los persas en tiempo de Alejandro Magno, representada en el vientre y muslos de acero. La cuarta de los romanos, entendida en las piernas de hierro. Porque como el hierro doma todos los otros metales, así esta monarquía domó y subjectó á sí todas las otras. La quinta es la de Cristo, figurada en aquella piedra cortada del monte, sin manos de hombres; para significar la pureza de su concepcion, que no fué por obra de varon, sino por virtud del Espíritu Sancto. Y desta piedra se dice que dió en los piés de la estatua, y los hizo pedazos; para significar que Cristo (figurado en esta piedra) había de subjectar al imperio romano; mas esto no con armas materiales, pues adelante veremos cómo el reino de Cristo no era temporal, sino espiritual y eterno, como aquí se dice; mas esta subjeccion de que aquí se trata, es que este imperio romano había de tomar sobre sí el yugo suavísimo de Cristo, y reconocerlo y adorarlo por su verdadero Rey, y verdadero Dios y Señor. El cual reino y señorío es mas perfecto, y mas excelente que los otros señoríos temporales. Porque mayor cosa es alcanzar señorío so-

(h) Esaí. 49. (i) Daniel. 2.

bre los corazones de los hombres, que sobre solos sus cuerpos. Pues esta profecía vemos cumplida en tiempo del gloriosísimo emperador Constantino; el cual confesó á Cristo por verdadero Dios, y lo adoró, y le edificó muchos templos, y adornó y enriqueció sus altares, y honró con summa veneración sus sacerdotes, y no traía otra señal en sus banderas sino la de la Cruz, y con esta venió tres emperadores tiranos, que fuéron Magencio, Licinio y Maximino, y quedó solo señor del mundo; y en todas las batallas que dió, siempre fué vencedor con esta gloriosa señal. La cual vió él y su ejército en el cielo sobre la tarde con estas letras escritas: *Con esta vencerás*; como él mismo lo juró delante de muchos testigos. Y despues deste todos los emperadores romanos adoraron á este Señor, excepto Juliano Apóstata. Concluyendo pues agora, digo que si estaba profetizado de Cristo que habia de subjectar á su fe el imperio romano, y esto vemos cumplido dende el imperio de Constantino, que ha más de mil y docientos años, síguese que es ya venido el que desta manera habia de triunfar de la ciudad que triunfó del mundo, y subjectar á sí la que subjectó al mundo. Esta es una demonstracion que de tal manera convence todos los entendimientos, que no les deja lugar para respirar; pues está claro que la profecía es verdadera, y el cumplimiento della es notorio.

Mas quiero poner un ejemplo para mas claridad desta profecía. Pongamos caso que hubiese una profecía la cual dijese que cuando el Mesías viniese habia de caer fuego del cielo, y quemar todos los templos de ídolos que hubiese en Roma, Alejandría y Antioquía. Si estando esto así profetizado, viésemos caido este fuego, y hecho este estrago en estos lugares, ¿habria alguno que osase decir no ser venido el Mesías? Claro está que no, aunque fuese hombre de piedra. Pues diciendo los profetas que otras tres obras mucho mayores que esta se habian de ver en el mundo cuando el Mesías viniese: conviene á saber, que por su doctrina se habia de desterrar del culto de los ídolos, y que por ella los hombres en lugar de los falsos dioses habian de adorar al Dios de Abraham, y que el imperio romano enseñoreador del mundo, se habia de subjectar á él: viendo estas tres tan grandes cosas acabadas, ¿cómo se puede dudar que sea ya venido el que estas tres tan grandes obras habia de hacer? ¿Qué hombre que tenga una centella de juicio puede dudar desto? Esto solo basta para que se vea cuán sin excusa quedarán ante Dios los que con ser esto así, todavía permanecen en las tinieblas de la incredulidad.

#### §. IV.

Cuarta señal: de la conversion de Egipto.

Otra señal hay despues de la pasada para conocer la venida de Cristo; que es la conversion de la tierra de Egipto á nuestra religion: la cual profetiza Esaías en el capítulo xix, por tan claras palabras, que así los doctores católicos como los hebreos, nuestros contrarios, entienden que esta conversion ha de ser en la venida de Cristo; mas ellos la esperan cuando él venga; pero nosotros confesamos ser ya cumplida. Porque nos consta por todas las historias eclesiásticas, y de muchos doctores santos, cuánto floreció la fe y religion cristiana en la tierra de Egipto, y cuán grande fué el número de monjes, y de padres santísimos que allí hubo: cuales fuéron los Antonios, Hilariones, Paulos, Arsenios, y

otros innumerables. Donde hubo una ciudad grande llamada Oxirínco, vecina de Tébas, en la cual junto con sus arrabales habia diez mil monjes, y veinte mil vírgines, como en otra parte escribimos, y como se escribe en el principio del libro Vitas Patrum (k). Donde leemos que era tan grande la fe destes santos varones, que eran tan fáciles en hacer á cada paso milagros, como se hacian en tiempo de los apóstoles; hasta mandar uno de aquellos al sol que se detuviese un poco en el cielo, y aun por ménos causa que lo mandó Josué, y hacerse así. Pues las palabras del Profeta son estas (l): En aquella estará el altar del Señor en la tierra de Egipto; y llamarán los egipcios al Señor viéndose atribulados, y enviarles ha libertador y defensor que los ampare. Y en este tiempo será el Señor conocido de los egipcios, y ellos lo conocerán y honrarán con los sacrificios y dones que le ofrecerán; y harán sus votos y promesas al Señor, y cumplirlas han.

Estas son las palabras del Profeta; en las cuales tan claramente profetiza la conversion de la tierra de Egipto, que fué la tierra más supersticiosa y monstruosa en los pecados de la idolatría de cuantas hubo en el mundo; porque no solamente adoraban los animales brutos, como consta de la Sancta Escripura (m), sino tambien (lo que parece cosa increíble) adoraban ajos y cebollas, como gravísimos autores cuentan. Por donde elegantemente dijo un poeta: *Felices populi, quis talia in hortis numina nascuntur*. Y dado caso que todos los profetas traten clarísimamente de la conversion de los gentiles á la fe (entre los cuales comprehende la tierra de Egipto); pero quiso el Espíritu Sancto que especialmente se hiciese mencion della para mayor gloria de la redempcion de Cristo y de su gracia: la cual fué poderosa para que una de las mas monstruosas tierras del mundo en el pecado de la idolatría, viniese á ser la mas religiosa y mas poblada de santos que hubo en el mundo. Finalmente, fué aquí tan grande el número de los monjes, que los mandaba el emperador Valente Arriano ir á la guerra, mas él pagó luego la pena desta maldad.

Llamo pues ahora por todos los ingenios del mundo para que vean el engaño de los que no han recebido á Cristo. Porque si Dios dice tan claramente por su profeta que en la venida de Cristo se ha de convertir la tierra de Egipto; y sabemos clara y evidentemente por innumerables testimonios de historias (n) y de santos, cuánto floreció allí la religion cristiana, y el conocimiento de Cristo, ¿qué dubda hay sino ser ya él venido? Júntense todos los entendimientos del mundo para ver qué se puede responder á esta razon. Con la cual no solamente se confunde la incredulidad de los que no reciben á Cristo; mas tambien se confirma la fe y verdad de los que lo recibieron, pues ven el cumplimiento de una cosa tan grande, y tantos años ántes profetizada, y que solo Dios era poderoso para hacer: que es, para mover, y mudar, y santificar los corazones de tantos hombres.

Mas por este argumento se verá claro cuánto puede la malicia y el desamparo de Dios por los pecados; pues la ciega gente viene á creer las locuras, y fábulas, y torpezas horribles del Talmud, y deja de creer una verdad mas clara que la luz del mediodía. Y el castigo desta

(k) In Vit. PP. 1. p. §. de Oxirínco. (l) Esaí. 49. (m) Exod. 8. (n) Philo Judæus, de Vit. contemplativa in princip.

ceguedad profetizó Moises por estas palabras (o): Castigarte ha Dios con la ceguedad y locura del entendimiento, de tal manera que en medio del día andes como ciego palpando las paredes, y así no sepas enderezar tus caminos y ordenar tu vida.

#### §. V.

Quinta señal: de la santificación de los hombres.

Otra hazaña reservada para la venida deste Señor era, que de los gentiles (p), que eran como leones, y lobos, y serpientes, y bestias fieras, se habian de levantar muchos que imitasen en su manera de vida la pureza de los ángeles. El cumplimiento de lo cual vimos no solo en millares de monjes que hacian vida santísima en los desiertos y fuera dellos, y en muchos ceros y monasterios de vírgines purísimas que en todas partes florecian; sino mucho mas en millares de cuentos de mártires que en todas las ciudades del mundo fuéron con crudelísimas invenciones de tormentos martirizados: los cuales, si no estuvieran fundados sobre la firme piedra de la virtud y de la verdad, ¿cómo no cayeran y desmayaran cuando estas grandes avenidas y torbellinos de tormentos venían sobre ellos? Mas cuál sea la causa de no estar agora tan extendida por todas partes, ni florecer tanto la sanctidad como en aquella edad de oro (que es en la primitiva Iglesia, cuando estaba reciente la sangre de Cristo, y la doctrina y milagros de los apóstoles y varones apostólicos) adelante lo tratamos. Esto pues nos consta haberse cumplido en esta gloriosa edad que decimos, como lo testifican todas las historias eclesiásticas, escritas por gravísimos y santísimos varones. Y hasta las mismas escrituras de los gentiles tratan de la inocencia de los cristianos de aquel tiempo, y de su maravillosa constancia en la confesion de la fe, y de la infinita muchedumbre de mártires que por ella padescian: como parece por la carta que sobre esta materia escribió Plinio el menor al emperador Trajano, y por otras escrituras de gentiles. Pues siendo esto así, notoria cosa es ser ya venido el que esta tan gloriosa mudanza habia de causar en los corazones de los gentiles; los cuales estaban atollados y sumidos en el profundo de todos los vicios que el pecado de la idolatría trae consigo.

#### §. VI.

Sexta señal: del lugar de donde habian de salir los predicadores del Evangelio.

Con esta obra se junta aquella señalada circunstancia del lugar de donde habian de salir los ministros por quien Dios habia de desterrar la idolatría del mundo, y plantar esta nueva fe y religion: que es la ciudad de Hierusalem. Lo cual manifestamente profetiza Esaías por estas palabras (q): En los postreros dias estará aparejado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes, y será levantado sobre los collados, y correrán á él muchas gentes diciendo: Venid, y subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob, y enseñarnos ha sus caminos; y andaremos por las sendas de sus mandamientos; porque de Sion saldrá la ley, y la palabra de Dios de Hierusalem; y él juzgará las gentes, y argüirá á muchos pueblos. Esta misma profecía escribe tambien el profeta Miqueas en el cap. iv, por las mismas palabras que Esaías, testificando que de la ciudad de Hierusalem habian de salir los que habian de reducir los

hombres que adoraban los ídolos, al conocimiento del verdadero Dios, y obediencia de sus santos mandamientos. Lo mismo profetizó David en el salmo 109 por estas palabras: Dijo el Señor á mi Señor: Asíéntate á mi mano derecha, hasta que ponga todos tus enemigos debajo de tus piés; y la vara de tu virtud (que es el sceptro de tu reinado) enviará el Señor dende Sion, para que alcances señorío en medio de tus enemigos.

Esta circunstancia del lugar de Hierusalem, de donde habian de salir los que habian de desterrar del mundo la idolatría y traer los hombres al conocimiento del verdadero Dios, aclara y confirma el negocio de la verdad con tanta firmeza, que ningun lugar deja para dudar. Porque habiendo infinitas ciudades en el mundo, señalar como con el dedo esta sola, y decir que de aquí habian de salir los ministros desta obra tan grande, y ver esto cumplido, ¿qué lugar deja para dudar? Porque cuatro verdades pondré aquí, que hombre que da fe á las Escrituras no puede negar. La primera es, que la idolatría habia de ser desterrada del mundo, conforme á las profecías alegadas, y señaladamente la de Zacarías (r), donde dice Dios que él destruirá los ídolos de la tierra, y que no habrá mas memoria dellos. La segunda verdad es, que esta tan gran hazaña se guardaba para el Mesías, cuando él viniese, como claramente queda probado arriba en la segunda señal de la venida de Cristo, por todas las profecías que allí alegamos. La tercera verdad es esta que aquí alegamos: que es del lugar de donde habian de salir los ministros que habian de acabar esta tan grande obra, como era desterrar del mundo los falsos dioses, y traer los hombres al conocimiento del verdadero Dios. Estas tres verdades susodichas son tan ciertas y verdaderas, como lo es el mismo Dios, pues todas están tan claramente expresadas en la sacra Escripura. Mas la cuarta verdad, que es haber salido los discípulos de Cristo desta ciudad de Hierusalem, tomando á cargo esta empresa tan gloriosa, y haber muerto todos ellos en esta demanda, y padescido innumerables mártires sobre ella, esto nos consta por todas las historias sagradas y profanas, griegas y latinas, y por todos los libros que refieren las batallas de los mártires, que llaman martirologios, y por el comun consentimiento de todo el mundo, y por los muchos libros de gentiles que escribiendo las vidas de los emperadores, trataron tambien de las persecuciones de los cristianos.

Pues de lo dicho hago una demonstracion tan fuerte, que aunque se junten todos los entendimientos de los hombres y de los demonios, no la puedan contradecir. Porque si es verdad que Dios habia de desterrar la idolatría del mundo, y que esta hazaña tan señalada se guardaba para el Mesías, y que de Hierusalem habian de salir los que Dios habia de tomar para ministros desta obra; y consta que los discípulos de Cristo salidos desta ciudad fuéron los autores y ministros della, ¿qué entendimiento podrá negar que Cristo sea el verdadero Mesías? ¿Con qué mas claras señales, con qué mas fuerte argumento pudiera Dios dar á conocer el verdadero Mesías, que con este? ¿Qué puede responder á esto la infidelidad humana, por muy ciega y obstinada que esté? Porque este argumento se funda en cuatro verdades: las tres de la sacra Escripura

(o) Deut. 28. (p) Esaí. 40. 41. 44. 55. 65. (q) Esaí. 2.

(r) Zach. 43.